DOCUMENTO DE APARECIDA

"Llamados a vivir en comunión"

156. La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella "nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión"[1]. Esto significa que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta, en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa.

157. Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios "Abba". Todos los bautizados y bautizadas de América Latina y El Caribe, "a través del sacerdocio común del Pueblo de Dios"[2], estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues "la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria"[3].

158. Al igual que las primeras comunidades de cristianos, hoy nos reunimos asiduamente para "escuchar la enseñanza de los apóstoles, vivir unidos y participar en la fracción del pan y en las oraciones" (Hch 2,42). La comunión de la Iglesia se nutre con el Pan de la Palabra de Dios y con el Pan del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía, participación de todos en el mismo Pan de Vida y en el mismo Cáliz de Salvación, nos hace miembros del mismo Cuerpo (cf. 1Cor 10,17). Ella es fuente y culmen de la vida cristiana[4], su expresión más perfecta y el alimento de la vida en comunión. En la Eucaristía se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre y hermanos y hermanas en Cristo. La Iglesia que la celebra es "casa y escuela de comunión"[5], donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora.

159. La Iglesia, como "comunidad de amor"[6], está llamada a reflejar la gloria del amor de Dios que, es comunión, y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo. En el ejercicio de la unidad querida por Jesús, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten convocados y recorren la hermosa

[1] DI 3.
[2] Ibíd., 5.
[3] DP 218.
[4] Cf. LG 11.
[5] NMI 43.
[6] DCE 19.

aventura de la fe. "Que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea" (Jn 17,21). La Iglesia crece no por proselitismo sino "por 'atracción': como Cristo 'atrae todo a sí' con la fuerza de su amor"[7]. La Iglesia "atrae" cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12,4-13; Jn 13,34).

160. La Iglesia peregrina vive anticipadamente la belleza del amor, que se realizará al final de los tiempos en la perfecta comunión con Dios y los hombres[8]. Su riqueza consiste en vivir ya en este tiempo la "comunión de los santos", es decir, la comunión en los bienes divinos entre todos los miembros de la Iglesia, en particular entre los que peregrinan y los que ya gozan de la gloria[9]. Constatamos que, en nuestra Iglesia, existen numerosos católicos que expresan su fe y su pertenencia de forma esporádica, especialmente a través de la piedad a Jesucristo, la Virgen y su devoción a los santos. Los invitamos a profundizar su fe y a participar más plenamente en la vida de la Iglesia, recordándoles que "en virtud del bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo"[10].

161. La Iglesia es comunión en el amor. Esta es su esencia y el signo por la cual está llamada a ser reconocida como seguidora de Cristo y servidora de la humanidad. El nuevo mandamiento es lo que une a los discípulos entre sí, reconociéndose como hermanos y hermanas, obedientes al mismo Maestro, miembros unidos a la misma Cabeza y, por ello, llamados a cuidarse los unos a los otros (1Cor 13; Col 3,12-14).

[7] Benedicto XVI, Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 13 de mayo de 2007, Aparecida, Brasil.
[8] Cf. Ibíd.
[9] Cf. LG 49.
[10] DI 3.